

Espejismos

Ana Hontanilla

“Espejismos” forma parte de una colección de cuentos que narran episodios de la vida de Juana, una joven española que, perdida la esperanza de encontrar trabajo en su país, emigra a Estados Unidos donde, pasados veinte años, reflexiona sobre su historia.

Agradezco a Rodrigo Montera

¿Cuál es la profesión de madre?, me pregunté al leer la última casilla de la tarjeta.

Levanté la cabeza para ver qué ponían las otras niñas; seríamos unas cuarenta, todas con las piernas colgando de los pupitres. Miré a la pelirroja que estaba a mi lado, aplastada contra el pupitre como una chincheta. En la última casilla escribió: *sus labores*. La de delante también puso lo mismo. Como yo no sabía qué significaba esa frase, volví a leer la tarjeta: “Datos personales. Nombre. Apellidos. Lugar y fecha de nacimiento... Profesión de la madre”. Me acordé del reloj de pulsera que madre se ponía para ir a misa. Más de cien veces le había oído decir que se lo compró con su primer sueldo y quien gana dinero, pensé, es porque trabaja.

Las niñas empezaron a levantarse para entregar sus tarjetas a la monja. Yo, de tanto dudar, me había retrasado. Me apresuré a escribir. Empecé con mi nombre, seguí con la fecha y lugar de nacimiento. Intentaba no posar mi izquierda sobre el papel para no arrastrar el trazo y manchar la cartulina. Quería causar buena impresión a las maestras de mi nuevo colegio con una letra impecable, a cada una le tendría que entregar una tarjeta similar a lo largo de la mañana. La pretensión fue inútil: la llené cubriendo el papel con la mina del lápiz. Me afligí al ver mi mala letra y la última casilla sin responder. Una vez fuera de clase, en medio de aquel laberinto de babis blancos, no pude preguntarle a ninguna de mis compañeras qué significaba eso de *sus labores*.

Por la tarde, el autobús del colegio tardó una hora en hacer el recorrido hasta mi casa. Sentada junto a la ventana pensé que Madrid era muy grande y sus calles, sucias, ruidosas e interminables. Recorrió los pasillos de la escuela que estaban torcidos, con las estatuas de los santos a punto de caerse en cada esquina.

Llegué a casa sobre las seis y madre, de merienda, me dio pan con chocolate. Me lo hizo comer en la mesa de la cocina porque no quería migas en la alfombra del salón. Bajo el grifo limpiaba las escamas de un lenguado, llevaba puestos unos guantes de goma con los que protegía sus uñas, casi siempre pintadas de rojo. Sobre el

fogón hervía la leche para el desayuno del día siguiente. Preparaba varias comidas a la vez para luego tener tiempo de sentarse a leer y subrayar el periódico. Cuando me terminé el pan, me acerqué a dejar el plato en el fregadero.

—Las monjas preguntan cuál es tu profesión. ¿Tienes una? ¿O haces *tus labores*?

El pescado se le escurrió de las manos y fue a parar a la leche. Mal-dijo. Pocas veces la había visto pasar de la calma al enfado tan de repente. Me alejé hacia la mesa. Rebuscó entre los cajones, sacó unas pinzas y con ellas agarró el pescado, apartando la cacerola del fuego. Pensé con horror en el desayuno del día siguiente; recé por dentro para que tirara la leche por el fregadero. No lo hizo.

—Dile a las monjas que tu madre es abogada.

Todas las mañanas padre se iba a trabajar y volvía tarde a casa, esperando que la cena estuviera lista y, a ser posible, los niños dormidos. Era médico y a menudo lo llamaban, incluso a horas intempestivas. Los domingo no iba a misa. Cuando un día le pregunté a madre por qué padre no venía con nosotras a la iglesia, contestó que él ya hacía su buena obra curando enfermos. Mis dudas sobre la religiosidad de padre quedaron así zanjadas.

Madre, en cambio, nos educaba, levantaba, vestía. También leía el periódico y subrayaba anuncios durante el desayuno o cualquier otro momento que tuviera libre. En la acera, por ejemplo, conmigo a su lado y a la espera de que el autobús viniera a recogerme, no paraba de hacer anotaciones en el diario. Y aunque por las mañanas salía elegante, vestida en traje de chaqueta, como si fuera a algún sitio, cuando yo regresaba del colegio la encontraba frente al fogón con el mandil puesto. Por la noche preparaba la cena y nos mandaba acostar.

—¿Ser abogada es lo mismo que cocinar y cuidar niños?

Madre respiró hondo y se quitó los guantes. El rojo de sus uñas brilló

entre las cacerolas. Me agarró de la mano y, dándome un tirón, me llevó hacia el pasillo.

Nos detuvimos delante de un baúl que a mí me recordaba a la armadura de un gigante, debajo de él había una alfombra roja y a su lado una silla antigua. Yo lo había abierto varias veces a escondidas, cuando madre se echaba la siesta; era tan profundo que al intentar meterme, podía quedarme colgando con la mitad del cuerpo dentro y sin llegar a tocar lo que yo llamaba "los tesoros del fondo". Así que me resignaba a mirar desde fuera los objetos que sobresalían: ropa, cuadros, jarrones, libros y cuadernos amontonados.

—Atiende bien —dijo madre subiéndome la barbilla. La contemplé en silencio. Se dio la vuelta y, por primera vez, abrió el baúl delante de mí. Sacó un abrigo pesado, largo y negro. Se lo puso—. Esta es mi toga de abogada.

Olía a mariposa muerta. Una bola blanquecina se cayó desde una de las mangas al suelo y madre la recogió mientras se sentaba en la silla. La toga se entreabrió, dejándole las piernas al descubierto. Se inclinó hacia el baúl, registró otra vez dentro de él y sacó un álbum. Pasaba las páginas una tras otra hasta que dio con la que buscaba y me la puso delante. Señaló con el dedo la foto de un recorte de periódico en la que aparecía ella con la toga puesta. Se la veía más joven y guapa que nunca, con el pelo recogido en una coleta.

—Esta soy yo... Salí en las notas de sociedad de *El Lanza*. Tu madre es abogada, ¿entiendes?

Leí la fecha: 11 de junio de 1956. Me puse a calcular con los dedos. Habían pasado casi veinte años. También alcancé a leer: "La primera mujer que ejerce ante los tribunales de la provincia".

—La próxima vez que las monjas te preguntan, cuéntales esto para que se enteren. Y diles que pasé cinco años en su residencia; recuérdaselo.

Cerró el álbum con un golpe. Estornudé. Lo metió en el baúl con una mano, sacando con la otra lo que me pareció una tabla negra y dura, tan grande como un libro de cuentos. La desdobló. Allí mismo madre convirtió la tabla en un cilindro pequeño y chato que se puso en la cabeza. Era un sombrero sobre el que flotaba una borla suave y roja. Con la capa y aquel gorro, madre parecía uno de los personajes de las historias que entonces yo leía.

La observé de pie al lado del baúl y por fin entendí: madre, vestida de negro, con las uñas rojas, su foto de princesa en la mano, con el libro de hadas transformado en sombrero..., todo eso me hizo hilar cabos, ¡abogada era lo mismo que hechicera!

—Cierra la boca, niña. ¡Por Dios, no se te puede decir nada!

—¿Aprendiste a ser abogada con las monjas?

—No. Aprendí en la universidad.

Me decepcioné un poco. Por unos segundos pensé que yo iba a aprender hechizos en el colegio.

—Cuando crezcas, tú también irás a la universidad.

Se quitó el abrigo y dobló el sombrero, los guardó y cerró el baúl.

—Pondré en las cartulinas del año que viene que eres abogada —dijo resueltamente a remediar la omisión de aquel día.

—Que no se te olvide.

A la mañana siguiente la leche del desayuno sabía a sardina. Sentada a la mesa, ideaba maneras de salir corriendo.

—La leche está asquerosa.

—Tirar comida es un pecado —dijo madre, echando tres cucharadas de Cola-Cao y azúcar a mi taza.

Empezó a hablar de austeridad, espíritu de pobreza y sacrificio. Yo afirmaba con inclinaciones de cabeza, pero en cuanto se dio la vuelta cogí la bolsa de los libros y me escapé a la calle. Por mucho que me repitiera lo que ella había aprendido en la Sección Femenina, yo no me pude tragar aquella leche con sabor a pescado.

Más tarde, en clase de Lengua, la maestra me devolvió la tarjeta que le había llenado el día anterior. Te falta poner la profesión de madre, dijo, y se quedó a mi lado esperando a que contestase. En mi precipitación por devolvérsela escribí *hechicera*. Ella ni lo leyó. El temor de aquella monja era al espacio en blanco, la ocupación de mi madre la traía sin cuidado.

El asunto de la profesión de madre quedó resuelto por un año y no pensé más en "sus labores". Mis conversaciones con las amigas giraban alrededor de otros temas, como el de la niña que nos mordía el bocadillo durante el recreo o el de quién se atrevía a hurtar los caramelos del Niño Jesús.

El primer día de cuarto de EGB madre, oliendo a flores, con las uñas pintadas y de traje, me acompañó a la parada. Se quedó hasta que el autobús vino a recogerme, luego se marchó hacia el metro con el periódico doblado en el bolso. La mano me olió a su perfume por unas horas.

Una vez más, en el colegio recibí las consabidas tarjetas con las

mismas preguntas. Las completé una a una: nombre, fecha de nacimiento y, aunque en profesión de la madre estuve a punto de escribir *hechicera*, recordé que un pacto era un pacto. Ella me había dicho que *abogada* y eso pondría. La monja de Sociales leyó mi tarjeta al pasar a recogerla.

—No me digas que tu mamá es abogada. Debe ganar mucho dinero.

Por suerte esa monja hablaba como si viviera en un confesionario y las chicas de la clase no la oyeron.

—Sí, hermana, un día después de su graduación salió una foto suya en el periódico, tenía puesta su toga, yo se la he visto, pero no sé cuánto dinero gana.

Esa tarde, de camino a casa, volví a pensar en la profesión de madre y en todas las preguntas que quería hacerle. Y aunque en realidad lo que quería saber eran los hechizos que ella era capaz de conjurar, me centraría en lo que me había dicho la monja: su sueldo.

Cuando llegué, madre no me preguntó qué tal el primer día. Sentada a la mesa del comedor, siguió leyendo el *ABC*. De vez en cuando se detenía y subrayaba algunas frases con un bolígrafo. Decidí ir a la cocina y yo sola me preparé la merienda. Corté dos trozos de pan, metí una onza de chocolate entre las rebanadas y me senté con ella en el comedor. Ya no se percibía el aroma a flores frescas. Esperé a que terminara para preguntarle qué hacía y cuánto ganaba una abogada.

Por respuesta, madre me tomó de la mano y fuimos a la coqueta de su dormitorio. De su joyero sacó un reloj. Lo reconocí enseguida; era el que se ponía los domingos.

—Este reloj me lo compré con mi primer sueldo. Lo gané en el turno de oficio.

Madre debía estar hablando en código porque yo no entendí nada.

—Y la cubertería la compré con lo que gané defendiendo a los practicantes de la Diputación.

—Pero, ¿qué hiciste para ganar esa fortuna? ¿Les vendiste algún secreto?

—¿Pues no te lo estoy diciendo? Defendí a unos clientes y gané los juicios. Nadie pensó que lo conseguiría —se detuvo unos segundos—; decían que las mujeres solo habíamos ido a la universidad a cazar novio.

—Yo no voy a buscar novio al colegio, ni siquiera nos dejan hablar de chicos —dije para hacerle saber que la entendía. Ella continuó como

si no me hubiera escuchado.

—No se me olvida la vez que, delante de todos, el de Administrativo me preguntó: “¿Qué hacía usted hasta las nueve paseándose por el Albaicín?”. Me pilló de sorpresa. Él continuó: “Aunque la universidad para usted, señorita, es solo un paréntesis, no se salga del margen. Estudie, como es su obligación”.

Madre dialogaba con el reloj y con su imagen en el espejo. Quise ponerme de su lado y demostrarle que entendía su molestia.

—A nosotras las monjas nos llama atolondradas porque subimos las escaleras corriendo.

Ella siguió mirando el reloj a través del espejo, sin dar señales de haberme oído.

—Los chicos se rieron y las alumnas no volvimos a pasear por la noche.

Lo guardó en el joyero como si ya no le perteneciera, o como si el reloj fuera de otra persona y ella, quien hubiera tenido la fortuna de hallarlo.

Más tarde, cuando me puse a estudiar, busqué en el diccionario la palabra *abogado* y las otras que madre me había dicho. Podría haberme decepcionado, pero no fue así. De hecho, una abogada, pensé, era algo más chulo que una bruja; eso fue lo que les dije a las compañeras a mitad del curso, el día que hablamos de las profesiones en la clase de Sociales. Un abogado defendía la justicia y la ley, algo así como *El Capitán Trueno*, pero en la vida real, concluí. Las niñas me aplaudieron y la monja aprobó mi exposición dándome uno de los caramelos de la cesta de las ofrendas.

La mañana del primer día de quinto, madre no bajó conmigo a la calle. Esperé sola al autobús con las manos apoyadas sobre mi nariz. Me olían a jabón y no al perfume de flores frescas que madre solía utilizar. Antes de que comenzara el verano dejó de perfumarse. Tampoco se ponía su traje de chaqueta; ni se pintaba las uñas, ni salía temprano a coger el metro con el periódico doblado en el bolso. Llevaba meses tejiendo mantas con ganchillo.

En clase, como había hecho los dos años anteriores, escribí *abogada* en las tarjetas de asistencia.

—¿Ah, sí? ¿Y a qué universidad fue?

La de Religión me preguntó con su voz chillona y firme. Recordé lo que madre me había dicho.

—Granada. Vivió en la residencia que ustedes tienen allí.

Las niñas se volvieron a mirarme.

—Y tú padre, ¿qué dice del trabajo de tu madre?

—No sé. Él no opina mucho.

—Juana, eres una mentirosa, tu madre no es abogada —la monja me arrancó la tarjeta de las manos, la rompió y algunos trozos cayeron sobre la mesa. Me dio otra. —En profesión de la madre pon “sus labores” como hacen todas.

Las niñas de la clase se rieron con disimulo. Cogí la nueva tarjeta y me puse a escribir para ignorarlas, pero la mano me temblaba y no pude controlar mi letra: la curva de la *s* me dio náusea y la *l* se me disparó, saliéndose del papel. Las miradas de mis compañeras continuaban clavadas en mí. Entregué la cartulina sin poner el segundo apellido. Pedí permiso para ir al baño, la monja no me lo dio. De vez en cuando oía risitas, no volví a levantar la cabeza. Durante el recreo me encerré en un baño y permanecí ahí, con la frente apoyada sobre la puerta hasta que empezó la siguiente clase. Yo no me había inventado nada.

Esa tarde en el autobús me mareé por no apartar la vista del sueño. Nada más bajar eché a correr sin decir adiós. Golpeé la puerta. Madre me abrió y sin darle un beso ni un paso dentro de la casa le pregunté dónde trabajaba.

—¿Cómo que dónde trabajo? ¡En la cocina, en el cuarto de planchar, en el salón, cosiendo! ¿Te parece poco?

—Pero me habías dicho que eres abogada. La de Religión me ha llamado mentirosa. Dice que tú haces “tus labores” como todas las señoritas. Las niñas se han reído de mí.

Madre permaneció en la entrada. No me hizo acompañarla al baúl con forma de armadura ni a la coqueta de su cuarto. Parecía estar clavada al suelo por un alfiler invisible. En la mano sostenía la aguja de la que colgaba el ganchillo que acababa de empezar. En medio de ese silencio pensé que los camisones, las bufandas y las mantas que ella tejía olían, como su toga, a mariposas muertas.

—Anda, vete a merendar. Tienes sobre la mesa pan con chocolate.

Me quedé de pie en la entrada, todavía con la bolsa de los libros a la espalda, mirando el hueco que su cuerpo había dejado en el sillón. Al otro lado, al final del corredor, su baúl estaba cerrado.

Entré. No tenía hambre, pero en la cocina estaban los únicos asientos de la casa de los que no me colgaban las piernas; quería sen-

tarme. Me descolgué la bolsa del hombro y la dejé sobre el suelo. Miré el bocadillo sin ganas. Escuché a madre cerrar la puerta de la calle.

Toqué el pan. Estaba duro y seco. Lo cogí y lo tiré a la basura. Dejé la onza de chocolate en el plato.

Pasado un rato madre volvió. Se sentó a mi lado y me subió la cara. Puso mis ojos a la altura de los suyos.

—Juana, yo fui a la universidad y me hice abogada. Tras licenciarme, trabajé unos años. Luego me casé. Tuve que sacrificar mi carrera; mi papel era atender a los hijos.

—Ya, y las monjas quieren saber tu profesión de ahora. No les importa lo que hiciste hace veinte años.

Madre apartó la mano de mi cara, como si mis mejillas le hubieran dado una descarga eléctrica. Se levantó y las patas del taburete chirriaron contra las baldosas.

—No sé para qué voy a la escuela si cuando me case también voy a terminar como tú en la cocina.

Se detuvo antes de cruzar la puerta y se dio la vuelta. Vio el pan en la basura.

—Bueno, puede que no; puede que tú tengas suerte y te sacrifiques de otra forma —dijo sin apartar la vista del pan.

Me habría gustado que hubiera deshecho el ganchillo, que lo hubiera destruido y tirado a la basura. No lo hizo. Se acercó a recoger el trozo de pan duro.

—Escúchame —dijo mientras lo limpiaba con un trapo—: sigue estudiando y cuando te cases no dejes tu carrera; nunca abandones tu trabajo, te será imposible recuperarlo. Quizá así no acabes como yo en la cocina.

Envolvió el pan en una tela limpia, lo dejó en la despensa y se volvió al salón, donde siguió tejendo.

Me quedé sola. Mordí un trozo de chocolate, me supo amargo. Mientras se me deshacía en el paladar, fui a la despensa, cogí el trapo con el pan dentro, lo machaque a golpes y lo arrojé todo a la basura. La tela se manchó de aceite, posos del café y ceniza. Cerré la bolsa con tres nudos y la saqué al pasillo, donde el portero la recogería antes de la medianoche. Me senté otra vez a la mesa. Lo que me quedaba de chocolate tuvo un sabor más dulce.

Al año siguiente, empecé a ir a la colegio en metro. En clase me senté, no en medio como me decían las monjas, sino junto a la ventana. A lo largo del día recibí las tarjetas de asistencia donde escribí mis datos personales. Profesión de la madre: *abogada, pero se sacrificó, ahora trabaja en sus labores.*